



FONDO
RICARDO COVARRUBIAS

CAPILLA ALFONSINA
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
U. A. N. L.

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
FONDO RICARDO COVARRUBIAS

IMPRESIONES DE VIAJE

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

EL LAGO DE CUGES Y LA FUENTE DE ROUCIEZ.

Hacia ocho dias que me hallaba en Marsella y aguardaba con tanta mas impaciencia el momento de mi marcha, cuanto que tenia por morada el hotel de Oriente, y por cicerone a Méry.

Una mañana este entró mas pronto que de costumbre.

— Querido, me dijo, dáos la enhorabuena : tenemos un lago.

— ¡Cómo! le pregunté restregándome los ojos. ¿Tenéis un lago?

— La Provenza tenia montañas, tenia rios, tenia puertos de mar, arcos de triunfo antiguos y modernos, la *bouillabasa* y el *alioli*; pero carecia de lagos : Dios

ha querido que la Provenza estuviese completa y ha enviado un lago.

— ¿Cómo es eso?

— Que ha caído del cielo.

— ¿Hace mucho tiempo?

— Con las últimas lluvias : he sabido la noticia esta mañana.

— ¿Pero noticia oficial?

— Lo mas oficial que puede haber.

— ¿Y dónde está ese lago?

— En Cuges ; lo vereis al salir de Tolon , pues está en el camino.

— ¿Y están contentos los cugenses?

— Ya lo creo ; podrian no estarlo.

— Entonces Cuges deseaba un lago.

— ¿Cuges? Cuges hubiera hecho bajezas por tener una cisterna : Cuges era como Rougiez : de Cuges y Rougiez salen todos los perros rabiosos.

— ¿Conoceis á Rougiez?

— No, á fe mia.

— ¡ Ah ! ¿ Con que no conoceis á Rougiez ?

Rougiez, querido mio, es una aldea que desde la creación busca agua. En el diluvio sació su sed ; pero desde entonces, buenas noches. En sesenta años ha cambiado tres veces de sitio buscando un manantial. Jamás Rougiez elige un alcalde sin hacerle jurar que encontrará agua. Yo he conocido tres que han muerto de pena y tres que han dado su dimision.

— ¿Porqué Rougiez no hace abrir un pozo artesiano?

— Rougiez está sobre granito de primera formacion : toca la roca para tener agua, y sale fuego ; Ah ! ¿ Creéis

que no se nace así ? Ya quisiera yo veros á vos que estais hablando. En 1810, sí, en 1810 era, Rougiez tomó la enérgica resolucion de darse una fuente. Acababa de ser nombrado un nuevo alcalde , estaba fresco su juramento y queria absolutamente cumplirlo. Junta los notables, los notables hicieron venir un arquitecto.

— Señor arquitecto , dijeron los notables , queremos una fuente.

— ¿Una fuente? dijo el arquitecto, nada mas fácil

— ¿De veras? dijo el alcalde.

— Vais á tenerla en media hora.

El arquitecto cogió un compás, una regla, un lápiz y papel ; despues pidió agua para desleir la tinta de china en un platito de porcelana.

— ¿Agua? dijo el alcalde.

— Sí, agua.

— No tenemos agua, dijo el alcalde, si la tuviéramos no os pediríamos una fuente.

— Justamente, dijo el arquitecto.

Escupió en el platillo y deslió la tinta de china con un poco de saliva.

Despues se puso á trazar sobre el papel una soberbia fuente coronada de una urna con cuatro agujeros con mascarones y cuatro caños de una magnífica agua.

— ¡ Ah ! ¡ ah ! dijeron el alcalde y los notables, eso, eso es lo que necesitamos.

— Lo tendreis, dijo el arquitecto.

— ¿Cuánto nos costará?

Cogió el arquitecto un lápiz, puso una multitud de números los unos debajo de los otros, y despues sumó.

— Os costará veinte y cinco mil francos , dijo el arquitecto.

— ¿Y tendremos una fuente como esta?

— Mas hermosa.

— ¿Con caños de agua iguales?

— Mas gruesos.

— ¿Respondeis de ello?

— ¡Toma!

Sabeis, querido mio, que los arquitectos responden siempre de todo.

— Pues bien, dijeron los notables, manos á la obra.

Entretanto fijaron el plano del arquitecto en la casa del ayuntamiento; toda la poblacion fué verlo y se volvió con mas sed.

Se pusieron á labrar las piedras de la pila, y diez años despues, esto es, el 1º. de mayo de 1820, Rougiez tuvo la satisfaccion de ver terminado este trabajo: habia costado quince mil francos. La confeccion de la urna hidráulica fué un poco mas de prisa, cinco años bastaron para esculpirla y ponerla en su lugar. Era entonces 1825. Se prometió al arquitecto una gratificacion de mil escudos si conseguia en el mismo año poner la fuente en traspiracion. En efecto, el arquitecto comenzó á hacer ahondar el suelo porque tenia la misma idea que vos, de un pozo artesiano. A los cinco piés debajo de tierra encontró el granito. Como un arquitecto no puede dejar de tener razon, dijo que un presidiario escapado habia echado en el agujero la bala que llevan atada á la cadena, y que era preciso valerse de otro medio.

Entretanto, para que tuviesen paciencia los notables, el arquitecto plantó al rededor de la pila una hermosa alameda de plátanos, árbol ansioso de humedad, y que la bebe con delicia por las raíces. Los plátanos se dejaron plantar, pero se propusieron no echar ni una hoja,

mientras no les diesen agua: el alcalde, su mujer y sus tres hijas fueron todas las tardes para animarlos á pasearse á la sombra de sus jóvenes troncos.

Sin embargo, Rougiez, despues de haber hecho sus cuatro comidas, tenia necesidad de ir á beber á un abundante manantial que corria á tres leguas al Mediodía. Duro es esto cuando se han pagado veinte y cinco mil francos para tener agua. El arquitecto volvió á pedir otros cinco mil francos; pero el bolsillo del ayuntamiento estaba tan seco como su pila.

Llegó la revolucion de julio: los habitantes de Rougiez volvieron á concebir esperanzas, pero en vano. Entonces el alcalde, que era un hombre letrado, se acordó del proceder de los Romanos, que iban á buscar el agua á donde estaba y que la traian á donde querian que estuviese: testigo el puente de Gard. Tratábase, pues, buenamente de encontrar un manantial un poco menos distante de aquel á donde iba á beber Rougiez: pusieronse á buscarlo. Al cabo de un año de investigaciones, se encontró un manantial que no distaba mas que media legua de Rougiez: esto era ahorrarse ya la mitad del camino.

Entonces se deliberó para saber si no valdria mas el ir á buscar la ciudad sus fuentes y sus plátanos, que traer el manantial á la poblacion. Desgraciadamente el alcalde tenia una hermosa vista desde su ventana y temia perderla: por consecuencia se decretó que el manantial viniese á buscarlos, recurrió de nuevo al arquitecto, con el que estaba un poco incomodado, pidió veinte mil francos para abrir un canal.

Rougiez no tenia esta suma. Reducido á la necesidad, recordó que existia una camara. El alcalde, que habia

hecho un viaje á París, aseguró que todas las veces que un orador subia á la tribuna le traian un vaso de agua con un azucarillo. Se pensó, pues, que gentes que bebian con semejante abundancia, no dejarian á sus compatriotas morir de sed. Los notables hicieron una peticion á la cámara. Desgraciadamente la peticion llegó en medio de las conmociones de junio. Fué preciso aguardar á que se restableciese el orden y la tranquilidad. Sin embargo el mal habia disminuido un poco. Como hemos dicho, el agua se habia aproximado legua y media : asi Rougiez hubiera llevado con paciencia su sed sin los epigramas de Naus.

— Pero, interrumpió Méry usando del mismo artificio de Ariosto, esto nos aleja mucho de Cuges.

— Querido, le respondí, yo viajo para instruirme, y las excursiones entran en mi dominio. Volveremos á Cuges por Naus.

— ¿Y qué es eso de Naus?

— Naus, amigo mio, es un pueblo muy orgulloso por sus aguas y sus árboles. En sus fuentes brotan los manantiales, y los plátanos crecen por sí solos. Naus apaga su sed en las cascadas de Ginies que corren bajo sauces, sicomoros, encinas y álamos. Naus fraterniza con esa larga cadena de montañas que lleva como un acueducto natural las aguas á San Casiano y á los valles Thesalianos y Gemenos. Dios ha vertido á manos llenas el agua y las sombras sobre Naus, sacudiendo el polvo sobre Rougiez. Respetemos los secretos de la Providencia.

Cada vez que un arriero de Naus pasaba con sus mulos por delante de la pila de Rougiez, les quitaba la cabeza, soltaba la brida de sus animales, y los conducia al pilon de piedra. Les invitaba á beber el agua que no

habia y que se estaba aguardando desde 1810. Alargando el mulo la cabeza, abria el hocico y recibia el calor de la piedra, pues en Rougiez hace un sol de Africa, y el mulo miraba entonces de reojo al amo como para reconvenirle por su burla. A esta mirada reia á carcajadas el nausés y los de Rougiez apretaban los dientes. Resolvióse, pues, encontrar dinero á toda costa, aunque tuvieran que vender las viñas, para beber agua. Además, los rougiezanos habian notado que nada da tanta sed como el vino.

El alcalde de Rougiez, que tiene cien escudos de renta, dió el ejemplo de abnegacion : sus tres yernos le imitaron. Habia casado sus tres hijas en el intèrvalo : en cuanto á su pobre mujer, se habia muerto sin haber tenido el consuelo de ver correr el agua en la fuente. Todos los súbditos movidos por un impulso nacional contribuyeron á prorata segun su fortuna : logróse reunir una cantidad bastante crecida para poder decir al arquitecto :

— Comenzad el canal.

Por último, querido mio, continuó Méry, despues de veinte y seis años de esperanzas concebidas y disipadas, los trabajos han sido terminados en la última semana : el arquitecto respondia del resultado. La inauguracion de la fuente se señaló para el domingo siguiente, y el alcalde de Rougiez invitó por carteles y circulares á los pueblos inmediatos para que asistiesen á la gran funcion de soltar las aguas en la plaza de Rougiez. El programa era corto, lo que le hubiera hecho mucho mejor si se hubiese cumplido. Era este :

« Artículo único. El señor alcalde abrirá el baile en la plaza de la Fuente, y á los primeros sonidos del tamboril correrá el agua de la fuente. »

Comprendeis, querido mio, que semejante anuncio atrajo curiosos. Enormes fueron las apuestas que hubo entre unos y otros, unos á que corría la fuente y otros á que no corría.

Acudieron á la fiesta de todas las aldeas circunvecinas : de Fretz, que se envanece con sus reductos romanos ; de Plau, de Aups, ilustrados por el ábad Garnier ; de Pepino, orgulloso con sus minas de carbon de piedra; de San Maximino, que conserva la cabeza de santa Magdalena, con cuya reliquia obtiene la poblacion á su arbitrio el agua; de Tourves, que sabe los amores de Bawella y de la señorita Clairon; de Vesse, que dió nacimiento al famoso Gaspar, el mas galante de los ladrones (1), y en fin, del valle de Sigmone, que se extiende hasta los limites de la antigua Gargaria : vos mismo, querido, si hubiéseis llegado dos dias antes hubiérais podido asistir.

Naus llegó tambien conduciendo sus mulos sin cabeza y sin brida, declarando que no creerian en el agua sino cuando hubieran bebido sus animales. A las cinco debía abrirse el baile. Habíase aguardado á que pasase la hora del gran calor, por miedo de que los bailarines no dejasen seca la fuente.

Hubo un momento de solemne silencio.

El alcalde fué á invitar á su pareja y vino á ponerse en baile con ella con el rostro mirando á la fuente. Las personas señaladas para completar el rigodon siguieron su ejemplo, inmediatamente los mulos de Naus se aprox-

(1) Gaspar de Vesse, viendo que uno de sus gentes queria cortar el dedo á una señora porque no podia sacarla una preciosa sortija, se puso de rodillas delante de ella y la sacó la sortija con sus dientes.

maron al pilon. Los violines dieron la señal, las flautas y clarinetes preludiaron notas claras y sonoras como el canto de la alondra.

Dada la señal, empezó el retorneo. El señor alcalde está á la izquierda de su pareja con el pié en primera : todos los ojos se clavan sobre aquel respetable magistrado, que comprendiendo la importancia de su situacion, redobla su dignidad. El arquitecto con la varita en la mano estaba dispuesto como Moisés á tocar la roca.

— ¡ Adelante dos! gritó la orquesta, ¡ adelante dos para el trenis!

El alcalde y su pareja se adelantan hácia la fuente para saludar la esperada agua : todas las bocas se entreabren para aspirar sus primeras gotas aguardadas desde 1810. Los mulos relinchan de esperanza, el arquitecto alza su varita : Naus está vencido, el Rougiez triunfa.

De pronto se paran los violines, dan una pifia los clarinetes, la varita queda suspendida en el aire.

El arquitecto ha tocado la fuente con su vara, pero la fuente no ha corrido. Palidece el alcalde y lanza sobre el arquitecto una mirada fulminante. El arquitecto hirió la fuente con otro golpe ; el agua no parece.

Naus rie, Fretz se indigna, Pepino da un salto, Vesse jura, San Maximino se irrita, todos los pueblos convidados á la fiesta amenazan á Rougiez con una sedicion. El alcalde saca su faja de su bolsillo, la enrolla al rededor de su voluminoso abdómen y declara que se conservará el orden público.

— Dadnos agua para beber, respondió Naus.

— ¡ Señor arquitecto! gritó el alcalde, señor arquitecto, me habeis respondido de la fuente ; ¿ de qué proviene el que no corre?

El arquitecto cogió su lápiz, tiró unas líneas, puso varios números encima unos de otros, y después de un cuarto de hora de cálculo, declaró que los dos catetos contruidos sobre la línea de la hipotenusa eran iguales al tercero, y que la fuente tenía obligación de correr.

— Y sin embargo, dijo Naus, silbando á Rougiez, no corre — era lo mismo que el *pero gira* de Galileo, excepto que allí era todo lo contrario.

San Zacarías se interpuso y predicó moderación. Esto era fácil á San Zacarías, porque da nacimiento al hermoso río del Ulceatebue que tanto cieno arrastra en su seno.

Al mismo tiempo se adelantó una vieja con el libro de las centurias de Nostradamus, reclamó el silencio y leyó una centuria que prometía agua á Rougiez para el año cuarenta.

— Esa profecía es clara como el agua del río, dijo el alcalde.

— Y quedará cumplida, dijo el arquitecto; yo soy el que me he equivocado.

— ¡Hola! exclamó Rougiez triunfante. ¿ Con que no es culpa de la fuente?

— No, es mía, dijo el arquitecto: el canal debía haberse abierto en línea convexa, y ha sido abierto en línea cóncava. Todo eso es negocio de cuatro años y de unos diez mil francos mas, y correrá la fuente.

Era justamente la época que indicaba la predicción de Nostradamus.

Rougiez en sesión permanente y en el primer momento de entusiasmo se impuso una nueva contribucion. Después todas las aldeas vecinas con los violines á la cabeza y los mulos á la cola se fueron á la fuente de San

Genies, donde volvió á comenzar el baile y en donde los bailarines se entregaron á una orgía hidráulica, digna de la edad de oro.

Entretanto Rougiez tranquilizado por la profecía de Nostradamus aguarda el año cuarenta. Ahora comprendereis, querido mio, cuán furioso debe estar Rougiez con la felicidad que le ha sucedido á Cuges.

— ¡Caramba! ya lo creo. ¿ Pero de veras tiene Cuges un lago?

— Ya lo creo.

— ¿ Pero un lago de veras?

— Un lago de veras, no tan grande como el lago Ontario, ni como el lago Lemán, ¡ vive Dios! pero un lago como el de Enghien.

— ¿ Pero cómo ha sucedido eso?

— De este modo: Cuges se halla situado en forma de embudo; han caído mucha nieve este invierno y muchas aguas este verano, y la nieve y el agua reunidas han hecho un lago, y este lago á lo que parece se ha puesto en comunicacion con manantiales que le alimentan. Patos salvajes que pasaban lo han creído seriamente un lago y se han quedado allí. En el momento en que ha habido patos en el lago, se han construido barcos para cazarlos: de modo que ya se caza en el lago de Cuges: no hay pesca todavía, es verdad, pero está arrendada para el año próximo. Cuando paseis fijad bien la atención, noche y día hay un vapor; es un verdadero lago.

— Ya oís, dije á Jadin que entraba, necesitamos un dibujo de Cuges y su lago.

— Se hará, respondió Jadin; pero ahora el desayuno.

— Es verdad, dije á Méry: ¿ y el desayuno?

— Teneis razon, contestó Méry; este maldito lago de

Cuges me ha hecho perder la cabeza. El desayuno os aguarda en el castillo de If.

— ¿Vamos al castillo de If?

— ¿No os lo habia dicho?

— No.

— ¡Diablo de lago de Cuges! tambien tiene la culpa. Es que es un lago, querido mio, un lago verdadero. Pues bien, vais al castillo de If en una lancha preciosa que nos ha prestado un amigo: un barco con el cual podria irse hasta las Indias.

— ¿Y dónde está ese barco?

— Os aguarda en el puerto.

— Pues bien, vamos.

— No, idos vosotros.

— ¡Cómo! ¿no venis con nosotros?

— ¿Yo ir por mar? dijo Méry, ni aun iria al lago de Cuges.

— Méry, la hospitalidad exige que nos acompañeis.

— Ya sé que hago mal en no hacerlo; pero ¿qué quereis?

— Quiero una indemnizacion.

— ¿Cuál?

— Cien versos sobre Marsella mientras vamos al castillo de If.

— Doscientos si quereis.

— Está dicho.

— No hay mas que hablar.

— Pensad que dentro de dos horas estamos de vuelta.

— Dentro de dos horas estarán hechos los versos.

Hecho este arreglo nos fuimos al puerto. A cada persona que encontraba Méry,

— ¿Sabeis, le decia, que en Cuges hay un lago?

— ¡Vive Dios! respondian los que pasaban, un lago soberbio que no se le puede encontrar el fondo.

— Ya veis, replicó Méry.

En el muelle de Orleans encontramos una linda lancha que nos aguardaba.

— Aquí tendreis vuestra embarcacion, nos dijo Méry.

— ¿Y yo tendré mis versos?

— Estarán hechos.

Bajamos á la lancha, los marineros apoyaron sus remos contra el muelle y dejamos la orilla.

— Buen viaje, nos gritó Méry.

IMPROVISACION.

El primer monumento que se divisa á su derecha cuando se va del muelle de Orleans al mar, es la Consigna.

La Consigna es un monumento de fresca y moderna hechura, con numerosas ventanas guarnecidas de triples rejas dando sobre el puerto.

Debajo de estas ventanas hay muchas gentes que están hablando con los habitantes de esta hermosa casa.

Parecia estar uno en Madrid ó Andalucía, y tomaria á todas aquellas gentes por amantes que se ocultan de un padre ó de un tutor y que están *pelando la pava*: son primos hermanos y hermanas que tienen miedo á la peste. La Consigna es el locutorio de la cuarentena.

Un poco mas lejos, enfrente del fuerte de San Nicolás, edificado por Luis XIV, hasta la torre de San Juan, construida por el rey René: por la ventana cuadrada situada en el segundo piso trató de fugarse en 95 aquel pobre duque de Montpensier, que ha dejado sus encan-

tadoras memorias sobre su cautividad con el principe de Conti. Sábese que la cuerda con la cual esperaba llegar á tierra era demasiado corta, y como se dejó caer el pobre prisionero á la ventura y se rompió el muslo al caer: y al amanecer le encontraron unos pescadores desmayado y le llevaron á casa de un barbero, donde obtuvo poder permanecer hasta su total curacion.

El barbero tenia una hija, una de esas lindas muchachas de Marsella que tienen medias amarillas y un pié de andaluza. No seré mas indiscreto que lo fué el principe por mucho trabajo que me cueste. Habia una linda historia que contar sobre esta muchacha y el pobre herido.

Dejamos á nuestra derecha la roca del Esteon: nos hallábamos justamente sobre la Marsella de César que ha cubierto el mar. Dicen que cuando hace buen tiempo y está el mar tranquilo se ven aun ruinas en el fondo del agua. Mucho me temo que la Marsella de César sea como el paso de los palomos.

Al pié de una roca, cerca del castillo Verde, vimos á Méry. Nos enseñaba y tenia en la mano un papel y un lápiz. Comencé á creer que habia hecho bien en no hacerle venir; teníamos el viento de cara, y un diablo de mistral que no queria dejarnos dentro del puerto, pero que prometia darnos buenas sacudidas en cuanto hubiéramos salido de él.

Enfrente de la salida del puerto, el horizonte parecia cercado con las islas de Restomman y Pommeges. Estas dos islas reunidas por un muelle, cierran el puerto de Frioul, *Fretum Julii*, estrecho de César.

Perdóneme la etimología, que no es mia; este muelle es una obra moderna: en cuanto á Frioul, es el puerto

del tifus, del cólera, de la peste y de la fiebre amarilla, la aduana de las plagas, el lazareto, en fin.

Así hay siempre en el puerto de Frioul un gran número de embarcaciones que presentan el aspecto mas triste.

Desgraciada, ó afortunadamente mas bien, Marsella no ha olvidado todavía la famosa peste de 1720 que la habia traído el capitán Chataud.

La tercera isla de los alrededores de Marsella, la mas célebre de las tres, es la de If: sin embargo, esta isla no es mas que un escollo; pero sobre este escollo hay una fortaleza, y en aquella fortaleza está el calabozo de Mirabeau.

Resulta de aquí que la isla de If es una especie de peregrinación política, como el *Santo Bálamo* es una peregrinación religiosa.

El castillo de If era la prisión donde en otro tiempo se encerraba á los hijos de familias calaveras, era una cosa hereditaria, convenida: el hijo podia pedir el cuarto del padre.

Bajo este título fué allí llevado Mirabeau.

Tenia un padre loco, y sobre todo ridiculo: lo exasperó con los inauditos desarreglos de una juventud en donde se desbordaba la savia de las pasiones. Todos sus pasos hasta entonces habian sido marcados por escándalos que habian sublevado la opinión pública. Mirabeau quedó libre, pero perdido en su reputación.

Aquella dura reclusion era tal vez una de las cosas de que la Providencia se servia para forzar al jóven á estudiar en sí mismo la tiranía en todos sus detalles: partiendo de ahí, y cuando se aproximó la revolución, Mirabeau pudo estudiar aquella gran catástrofe social, con

sus pasiones detenidas en su carrera, y sus odios reunidos durante una larga prisión. La antigua sociedad le habia condenado á muerte: él la volvió su condenación, y el 21 de enero de 1790 se ejecutó la sentencia.

El cuarto que habitaba Mirabeau, el primero y frecuentemente el único que se pide ver, tanto llena con su nombre aquella antigua fortaleza el coloso republicano, está á lo último del patio en el ángulo del Sudeste del castillo. Es un cuarto que no se distingue de los demás sino porque tal vez es mas oscuro. Una especie de alcoba abierta á pico en la roca, indica el sitio donde estaba su cama: dos garfios que sostenian una tabla, que hoy no está allí, designan el lugar donde ponía sus libros: en fin, algunos restos de pinturas á tiras longitudinales, azules y amarillas dan fe de las mejoras que la filantropía del amigo de los hombres habia permitido introducir al prisionero en su prisión.

Yo no soy del parecer de aquellos que pretenden que Mirabeau cautivo presintió su porvenir: era preciso para eso que adivinase la revolución. ¿Acaso el marinero, cuando está sereno el cielo, cuando la mar está tranquila, adivina la tempestad que le arrojará sobre alguna isla desierta y salvaje, en donde la superioridad de su genio le hará rey?

Al salir del cuarto de Mirabeau, el inválido que sirve de cicerone al viajero le enseña algunas tablas viejas que se pudren en una cuadra.

Es el ataúd en que se trajo el cuerpo de Kleber á Francia.

A nuestra vuelta encontramos á Méry que nos aguardaba fumando su cigarro sobre el muelle de Orleans.

— ¿Y mis versos? le dije desde lejos en cuanto le ví.

— ¿Vuestros versos?

— Sí, mis versos.

— Hace una hora que están hechos.

Salté al muelle.

— ¿Dónde están? pregunté á Méry dándole un abrazo.

— Aquí los teneis, he tenido el tiempo de copiarlos en limpio. ¿Estais contento?

— Esto es maravilloso, querido.

En efecto, en menos de una hora, Méry habia hecho ciento veinte y ocho versos, lo cual viene á ser dos versos por minuto.

Estos versos eran en elogio mio, y verdaderamente son una obra maestra por el poco tiempo en que se hicieron, y los que conservo toda mi vida como uno de los dones mas apreciables que me ha podido hacer jamás la amistad.

— Hélos aquí, despues de haberlos leído, me dijo Méry.

— Pues no es eso solo lo que he hecho mientras os he estado aguardando, he encontrado una crónica que os faltaba para concluir vuestro cuadro de Marsella.

— ¿Cuál?

— Marsella en 95.

— Venga pronto la crónica.

— Vamos primero á la plaza de Petit-Mazeau: mi hermano nos aguarda allí con su manuscrito.

Fuimos al sitio designado: Luis Méry me enseñó una casita baja y de mezquina apariencia, y que sin embargo estaba revocada y puesta como nueva cuanto era posible.

— Mirad bien esa casa, me dijo Luis Méry.

— Ya la he mirado; y bien, ¿qué es esa casa?

— Volved á la fonda, leed ese manuscrito, y lo sabreis.

Odedeci puntualmente.

Leo el manuscrito desde la primera hasta la última línea.

Ved aqui lo que era aquella casa.

MARSELLA EN 93.

COQUELIN.

Hacia el mes de marzo de 1793, llegó un hombre de París á Marsella, y se fué inmediatamente al palacio de Justicia. Púsose sobre su cabeza un sombrero adornado de plumas tricolores. Desplegó un papel firmado por los miembros del comité de Salud pública, en cuyo papel se le instituía presidente del tribunal revolucionario. Nadie se opuso á su instalacion, solamente le preguntaron cómo se llamaba : respondió que se llamaba el ciudadano Bruto. Este nombre estaba muy en moda en aquella época ; así nadie se admiró de la eleccion que habian hecho en París del ciudadano, presidente del tribunal revolucionario de Marsella.

Durante todo el año 92 y todo el principio de 93, la guillotina habia descansado un poco en Marsella ; se habian elevado quejas al comité de Salud pública, y este habia enviado al ciudadano Bruto para dar un poco mas de actividad á la máquina revolucionaria. A la primera vista pudo conocerse que la eleccion era buena : el ciu-

dadano Bruto entendia maravillosamente el modo de poner en actividad las tablas de la guillotina, y de llenar las cárceles.

Todos los dias le llevaban listas de los sospechosos. Para no perder su tiempo, Bruto llevaba las listas al tribunal revolucionario, condenaba á muerte sin que la menor emocion de placer ó pena se representase en su arrugado rostro. Despues, mientras el escribano leia la sentencia, indicaba sobre las listas de los sospechosos que le habian entregado por la mañana el nombre de los que debian llenar las prisiones vacías por los que salian al cadalso por la tarde.

Concluida esta tarea, volvia á su oscuro tercer piso, que por una de las travesías que se encuentran frecuentemente en las antiguas ciudades, ponía en comunicacion la *Calle Grande* y la de la Cuchillería. Allí permanecia solo e invisible aun para los Saron y los Mourelles, que eran los Carriers y los Fouquier Tinville de este otro Robespierre.

Algunas veces Bruto salía para pasearse por la ciudad, y se cubria la cabeza con un gorro de piel de zorro, y llevaba arrastrando un gran sable que hacia saltar las chispas del empedrado de las calles. El resto de sus vestidos se componía de una carmañola, y un par de pantalones de color oscuro.

Cuando así lo encontraban haciendo su ronda, todo el mundo se apresuraba á quitarse el sombrero, de miedo de que no les quitase la cabeza.

Gracias á su hermoso sol, á sus alegres casas pintadas con vivos colores, y al azulado mar que sonríe á sus piés, Marsella, aunque profundamente afectada con aquella fiebre revolucionaria que le sacaba lo mas puro

de su sangre, habia conservado durante algun tiempo el aspecto de felicidad que la distinguía, y que hace el carácter principal de sus habitantes. Sin embargo, poco á poco se fué extendiendo sobre ella un velo de luto. Sus calles bulliciosas se convirtieron en silenciosas, y sus ventanas, parecidas á los quitasoles que se abrian á su vez para aspirar los primeros rayos del sol y las primeras brisas de la tarde, permanecian cerradas. En fin, por un último sintoma de dolor, aun mas triste en una ciudad comercial que en cualquiera otra, las tiendas estaban cerradas, á excepcion de una sola.

Esto era sin duda la causa del inocente comercio del que la habitaba, porque encima de la puerta de la tienda habia una muestra que decia :

Coquelin, fabricante de juguetes de carton.

Además, probablemente para llamar la proteccion de la república sobre su establecimiento, el propietario habia hecho pintar un gorro colorado encima de aquella muestra, cuya inscripcion se hallaba colocada entre una hacha y una media luna.

La tienda de Coquelin tenia las puertas á la plaza de *Petit-Mazeau*, era una especie de bóveda pequeña y oscura. El que al pasar por ella echaba una mirada, veía á poca distancia del puesto de la puerta, una mesa y una silla, y delante de aquella mesa y en aquella silla, á un hombre de ojo apagado, mejillas pálidas, ocupado en cortar con una tijera hojas de carton, y trabajar una casa, un pozo, un árbol ó un cochecito con sus caballos, ó en hacer bailar un polichinela tirándole del hilo que colgaba entre sus piernas, ó en vestir ó desnudar al-

gu á la muñeca. Ocupábase en cualquiera cosa, sus movimientos eran dulces y moderados : dirigia lentamente sus manos cual compás, ó al puchero de la cola, cuando cogia el pincel, ó á la tijera, y su rostro permanecia constantemente animado de una benévola sonrisa, perfectamente acorde y en armonía con sus sencillas ocupaciones.

De tiempo en tiempo se levantaba, entraba en la trastienda, y allí desaparecia á la vista de los que pasaban por la calle. Oíase entonces el ruido de una rueda, y el rápido roce de los instrumentos, como cuando se afila un cuchillo, ó una navaja, ó unas tijeras; algunas chispas brillaban en la permanente oscuridad de la trastienda, aquella chispa se extinguía inmediatamente en la oscuridad. Despues aquel buen hombre abria y cerraba la puerta de la trastienda, volvía á sentarse sobre su silla, y continuaba su muñeca de carton, ó la casa que habia interrumpido. Aquel hombre era Coquelin.

Hacia algunas semanas que una jóven se detenía delante de la tienda de Coquelin. No porque se complaciese en examinar los juguetes que aquel hombre fabricaba, sino por deferencia á una niña bonita de seis años con una cabeza de querubín, que cada vez que pasaba por delante de la tienda tiraba del vestido á su mamá con la mano á fin de que se parase, y detenía sus hermosos ojos azules sobre las obras maestras de aquel buen hombre. Su madre en su color pálido, en sus largos cabellos rubios, demostraba que era una flor extranjera á la ardiente atmósfera provenzal que encontraba á su hija tan feliz mirando en la mesa de Coquelin aquellos juguetes que la causaban tanto gozo.

Coquelin tenia muy poca curiosidad; sin embargo, habia concluido por reparar en aquella mujer, y aquella niña, á las que, á pesar de su falta completa de educacion, hacia una amistosa señal con la cabeza, que tranquilizaba á la madre y animaba á la hija.

La jóven preguntó un día á Coquelin el precio de una bonita casa de carton, cuyo techo imitaba perfectamente las tejas, y que tenia persianas pintadas de verde. Saltaba la niña de alegría dando palmadas con su manita á la idea de que su madre pudiese comprarle tan linda casita. Coquelin examinó el trabajo del objeto que le pedian, y despues de haber reflexionado un instante, pronunció estas palabras: tres francos; eran las únicas que la jóven le habia nunca jamás oído pronunciar. Puso el precio sobre la mesa, porque Coquelin no habia alargado la mano para recibir el dinero, y la niña radiante de alegría y de orgullo se llevó el soberbio juguete.

A la mañana siguiente, sea que la niña satisfecha de su adquisicion de la víspera no hubiese manifestado tanto deseo por los demás juguetes que contenia la tienda de Coquelin, sea que la jóven se hubiese visto detenida lejos de la calle de Petit-Mazeau por el asunto que tan triste la tenia, ni la madre ni la hija se presentaron en la tienda.

Hasta la hora en que tenían costumbre de detenerse delante de su tienda, permaneciò muy tranquilo Coquelin, entregándose constantemente á su habitual ocupacion. Cuando llegó la hora, volviòse muchas veces hácia la puerta cual si aguardase que hubiesen venido; pero cuando pasó la hora, Coquelin pasó de la impaciencia al desasosiego, y sacaba frecuentemente la ca-

beza para mirar á los dos extremos de la calle, volviendo cada vez que veia frustrada su esperanza con un aire apesadumbrado y triste. Aquel dia cortó mal, no pudo acabar una casa: los pedazos no encajaban, la cola se quemó, las tijeras se torcieron: cosa admirable, nada hizo con acierto, é incomodado y con ira, cerró la puerta de su tienda.

Al dia siguiente, las pálidas y arrugadas mejillas de Coquelin se pusieron casi encarnadas, cuando la jóven y su hija se aproximaron á su tienda. Sin embargo, no demostró su alegría sino con una ligera sonrisa que procuró contener: animada la niña con la sonrisa entró prontamente en la tienda, y vino á colocar una manita sobre la espalda de Coquelin, mientras que con la otra hacia girar una veleta colocada en una torre de carton: Coquelin se volvió hácia la encantadora niña, y le hizo un gesto de amistad: la niña se familiarizó completamente con la pacífica figura del fabricante de juguetes, y concluyó por jugar con él, de tal modo, que su madre que tenia los ojos clavados sobre las paredes del palacio donde el tribunal revolucionario tenia sus sesiones, no reparó que la niña se instalaba en la tienda de Coquelin, metiendo su dedito en el agujero de la cola, haciendo bailar los polichinelas, rodar los coches, abriendo las ventanas de las casas de carton, y trastornando todo cuanto allí habia, sin que Coquelin dijese nada ni profiriese la menor queja, mirando alternativamente á la hija y á la madre.

En un momento en que miraba á la madre, la niña se desapareció en la trastienda, y casi inmediatamente dando un grito, volviò á presentarse en el dintel de la puerta interior, con un dedo lleno de sangre.

A aquel grito volvióse vivamente la madre y se precipitó en la tienda.

— ¡Dios mio, Dios mio! le dijo, ¿qué has hecho, pobre hija? ¿Te has cortado?

— ¡Oh! mamá, mamá, respondió la niña sacudiendo su manita, y haciendo todo lo que podia para contener sus lágrimas, no me riñais, no me riñais, es una cuchilla que me ha mordido.

— ¡Una cuchilla! exclamó la madre.

El rostro de Coquelin se puso lívido de palidez, y cerrando con cuidado la puerta de la trastienda, se metió la llave en el bolsillo.

— No es nada, no es nada, dijo con voz temblona. Aquí tenéis tafetan de Inglaterra, curadla vos misma, yo tengo la mano muy pesada.

Y con una atención y premura extraordinarias, Coquelin presentó á la jóven una taza llena de agua y se puso de rodillas delante de la niña, mientras su madre la tenia el dedo y aplicaba en la cortadura el pedazo de tafetan inglés.

— Habrá puesto imprudentemente la mano sobre algun cuchillo de cocina, dijo la jóven un poco tranquilizada. Estos niños á todo echan mano.

— ¡Oh! ciudadana, respondió Coquelin, mucho lo siento, porque hubiera debido tener mas cuidado, es culpa mia. Pero la señorita Luisa es tan lista y tan traviesa...

— Es mas aturdida que una mariposa, dijo la jóven con una triste y dulce sonrisa.

Aquella sonrisa, por pasajera que fuese, hizo á Coquelin mas expansivo. Sintió no tener ni una silla, ni un taburete que presentar á la ciudadana y á su hija.

Su conversacion era la de un hombre de pocas ideas, y de cierta tenacidad de carácter, lo que casi siempre va unido. Además, sus palabras eran cortadas y las decia con acento montañés. Por su parte la jóven comenzaba á acostumbrarse al trato de aquel hombre que habia comenzado por inspirarle una repugnancia de que no sabia darse razon. Asi le hizo algunas preguntas.

— ¿Y este trabajo? ¿basta á vuestras exigencias? le preguntó.

— Trabajo tambien en otras cosas, respondió Coquelin.

— ¿Y os produce mucho ese trabajo?

— Sí, sí, me pagan bien.

— ¿Y nunca os falta trabajo?

— Es decir, respondió el obrero que se habia puesto otra vez á su tarea levantándose las mangas de su blusa; es decir, que hay épocas.

— Y ahora es buena época á lo que parece, preguntó la jóven, porque me pareceis contento.

— Sí, sí, hace dos meses casi que no faltan encargos, y se aumentan todos los dias, gracias al ciudadano Bruto.

— ¿Conoceis al ciudadano Bruto? exclamó la jóven sin reflexionar en aquella terrible influencia que podia tener el ciudadano Bruto en el comercio de un fabricante de juguetes de niños.

— ¡Toma, que si conozco al ciudadano Bruto! respondió Coquelin, ya se ve que le conozco, es un hombre que no todo el mundo trata.

— ¡Con que le conoceis! ¡Oh, Dios mio, tal vez la Providencia me ha conducido aqui! ¿Y le veis con frecuencia?

— Asi, asi, de tiempo en tiempo. Cuando le conclui-

do la tarea del día, voy á recibir sus órdenes para el día siguiente. Tomamos una copita juntos y brindamos á la salud de la república una é indivisible. ¡Oh! no es orgulloso ni altivo el ciudadano Bruto.

— Ciudadano Coquelin, me pareceis un buen hombre.

— Un buen hombre... yo... ciudadana.

— ¿Me haréis un favor, no es esto?

— Contad con él, si puedo, ciudadana.

— Ciudadano Coquelin, voy á deciroslo todo. Tengo preso á mi marido, y por eso paso todos los días por esta calle: está inocente, os lo juro, pero tiene enemigos porque es rico. ¿Si pudiérais implorar por él la libertad del ciudadano Bruto?... Se llama Roberto mi marido: conservad bien su nombre en la memoria, y pues que conocéis al presidente Bruto, puesto que vais á verle al fin de vuestro trabajo, pudiérais decir la primera vez que vayáis, que una pobre señora muy desgraciada le suplica en nombre del cielo que la conserve á su marido: decidle que nada ha hecho mi pobre Carlos, el padre de mi Luisa: decidle que nunca ha conspirado, que es buen patriota, que ama la república, ¡si supiérais cómo la ama!... ¡si supiérais cómo ama á su hija!... Preciso es que yo os diga que todos los días le veo: á las cinco pasa por delante de unas rejas, y me hace una señal: así todos los días á las cinco vamos á aguardar esa señal delante de su ventana. He hecho todo lo que he podido para ver al ciudadano Bruto, pero no me han dejado llegar hasta él. Sin embargo, tanto le hubiese rogado, tanto le hubiese suplicado, que me hubiera concedido la vida de mi marido, estoy segura. La Providencia y Dios me

han conducido aquí, y pues que vos conocéis al ciudadano Bruto, estoy segura que no matará á mi Carlos. Luisita, hija mia, exclamó la pobre madre toda llena de desconsuelo, quieren matar á tu padre; ruega conmigo al señor Coquelin para que no le maten.

Luisa se puso á llorar gritando: Yo no quiero que maten á papá, señor Coquelin, no mateis á papá.

El rostro de Coquelin se puso lívido de palidez.

— No hagais caso de lo que dice esta niña, exclamó la madre, no sabe lo que se dice, mi buen señor Coquelin.

Y quiso coger las arrugadas manos del fabricante, que las retiró con viveza.

— No toqueis mis manos, ciudadana, dijo con una especie de terror.

Retrocedió la mujer; no comprendía el movimiento de Coquelin. Hubo un instante de silencio.

— ¿Con que decís, replicó Coquelin, que la vida de vuestro marido depende del ciudadano Bruto?

— De él solo, exclamó la jóven.

— ¡Muy duro es el ciudadano Bruto! continuó Coquelin meneando la cabeza; muy duro, muy duro; y exhaló un suspiro.

— ¿Me negais vuestra proteccion? preguntó con timidez la jóven tendiendo sus manos en actitud suplicante.

— Yo, dijo Coquelin, ¿yo rehusar nada de lo que pueda hacer? ¡Ah! no me conocéis, ciudadana. Además, ¿no me habeis comprado una cajita de carton? ¿No venis todos los días á mi tienda, donde viene tan poca gente? ¿No me hablais con vuestra vecinita tan dulce, á mí, pobre hombre á quien nadie habla? Y sin

embargo, hacédme justicia, tengo la tienda mejor surtida de Marsella. ¿Hay nadie que menee mejor que yo las tijeras, que tenga mi destreza? Mirad esta polichinela que linda es, no hay mas que tirar de esta cuerdecita, y los brazos, las piernas, la cabeza, todo se agita, todo se mueve: mirad, mirad.

La joven, por complacerle, miró al través de las lágrimas que empañaban sus ojos, el grotesco polichinela que Coquelein, con el rostro lleno de satisfacción, orgulloso, de artista, hacia bailar. Por su parte, Luisita, pasando del dolor á la alegría, como una niña que era, saltaba de puntillas riendo como una loca. Habia tomado la escena un carácter interesante y casi patriarcal. Arrellanado en la silla, Coquelein tenia con una mano á la altura de su nariz la figura de carton cogida por la cabeza, y con la otra mano comunicaba, por medio de una cuerda, un movimiento rápido á los brazos y á las piernas del polichinela. Quanto mas se meneaba la figura de carton, mas alegremente reia Luisita. Saboreaba Coquelein su triunfo de mecánico. Estaba radiante de alegría su rostro, y decia tirando al mismo tiempo de la cuerdecita, y uniendo su voz con los gestos del polichinela:

— ¿Con que decís, ciudadana, que está encerrado vuestro marido? Bien, veré al ciudadano Bruto: le hablaré... ¡es duro el ciudadano Bruto! pero quien sabe... en todo caso yo haré todo lo que pueda por vuestro marido: estad tranquila, perded cuidado, ciudadana... Desgraciadamente no puedo mucho... pero todo lo que pueda lo haré... todo.

— ¡Qué bueno sois, señor Coquelein!

— Tengo memoria, ciudadana, la tengo... No olvidaré jamás que hace dos semanas venís á verme trabajar

media hora todos los dias, y que durante esa media hora, no sé porqué, soy feliz. Es que, ya lo veis, en Marsella no aman á los artistas... Yo estaba condenado á admirarme solo... Mirad, pues, cómo baila mi polichinela: Luisita quiere mucho á su papá, ¿no es verdad?

— Con todo mi corazon, y con toda mi alma, respondió la niña.

— Esta bien, ¿no has roto la casita?

— Yo, no, señor Coquelein, la he puesto en la mesa de juego del salon.

— Debeis estar muy contenta, ciudadana, de tener una niña tan guapa.

— Si, dijo la joven, y como es muy juiciosa, voy á comprarla el polichinela.

Luisita dió un grito de alegría, Coquelein se levantó con toda su estatura, entregó el polichinela á la pobre madre, que le pagó cuatro francos, y recomendando por último ver su marido á Coquelein, se marchó.

— A proposito, ¿las señas de vuestra casa, ciudadana? la preguntó.

— Calle de Tionvillois, número 6.

— Gracias, dijo Coquelein, y volvió á entrarse en su tienda. Escribió en un pedazo de papel las señas que acababa de darle la joven, se metió el pedazo de papel en el graso bolso de su traje, lanzó un suspiro, y se entró en la trastienda. Un instante despues brillaron las chispas, y se oyó el ruido de la piedra de afilar.

A la mañana siguiente, hacia las once de ella, supo la joven que su marido habia concurrido ante Bruto, y que Bruto le habia condenado á muerte. Aturdida quedó desde luego enteramente con aquel golpe la joven. Pero vió á su hija que jugaba con la linda casita: pensó en

Coquelin : dijo á Luisita que fuese juiciosa , y se divertiese con sus juguetes , cerró la puerta con llave , y corrió como una loca á la calle de Petit-Mazeau.

La tienda del fabricante de juguetes estaba cerrada.

Desvaneciasele la última esperanza : púsose á llamar con el puño cerrado contra aquella puerta como una loca , dejando caer hácia atrás de vez en cuando la cabeza , arrojando tristes suspiros. Nadie respondió , pero una vecina vieja se asomó abriendo la ventana , y viendo aquella jóven que llamaba sin descanso , le preguntó qué quería.

— Quiero hablar al ciudadano Coquelin , exclamó la jóven.

— El ciudadano Coquelin ha marchado con su carrito , respondió la vieja : debe hallarse á estas horas en la Canneviere ; y la vieja cerró la ventana.

La jóven se echó á correr hácia el lado indicado , pero á medida que se aproximaba era tan considerable la multitud , que se vió obligada á detenerse en una de las calles inmediatas.

Gentes con cara patibularia decían :

— ¡ Qué desgracia la de no poder llegar mas lejos ! Hoy llevan doce ; los que tienen las primeras sillas lo verán por su dinero.

La pobre jóven se desmayó.

Llevaronla á una casa , registrónla los bolsillos , le encontraron una carta y sus señas , y la llevaron á la calle de Tionvillois.

Cuando volvió en sí , Luisita estaba de rodillas , y una anciana que la habia acompañado desde Paris , la echaba agua en la cara.

Quiso levantarse , pero se hallaba tan débil que tuvo necesidad de volverse á sentar.

Permaneció dos horas con las manos apoyadas sobre los brazos de su sillón , el ojo fijo , sin pronunciar una sola palabra.

Al cabo de dos horas llamaron violentamente á la puerta.

— Id á ver quién es , dijo á la anciana criada.

La criada bajó : un instante despues volvió á entrar toda trémula , trayendo un billete en la mano.

Un hombre con un gorro colorado le habia arrojado aquel billete en la escalera , entregándole para la ciudadana viuda de Roberto.

La jóven cogió el papel. Esto era lo que estaba escrito en él :

« Ciudadana , eran doce ; vuestro marido era el doce. Le he hecho pasar el primero : ya veis que he cumplido mi promesa. He hecho todo cuanto he podido.

» COQUELIN. — (Verdugo.) »

En aquel momento Luisita dijo á su madre :

— Mamá , mirad qué bien baila mi polichinela.

La pobre mujer se levantó , hizo pedazos el polichinela y la casita de carton , y cogiendo á su hija en sus brazos , volvió á caer desmayada diciendo :

— ¡ Monstruo ! han muerto á tu padre.